

January 1984

Ariela

Clara Inés Ariza

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Ariza, C. I. (1984). Ariela. *Revista de la Universidad de La Salle*, (10), 103-105.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Ariela

CLARA INES ARIZA*

Busqué en el fondo de los bolsillos y los dedos se deslizaron por el vacío que había dejado la última moneda. Era inevitable, tarde o temprano debía enfrentarme a mi miseria, lo supe desde el instante en que encontré el cuarto sin el polvo de la esperanza porque se habían acabado los objetos empeñables. No me quedaba otro recurso que atender el ofrecimiento de aquel antiguo conocido que tanta repugnancia me inspiraba, pero que en aquel momento era la única puerta abierta; mis viejas amistades se habían retirado poco a poco, pues consideraban indecoroso mantener cualquier clase de relación con una mujer que no se desplegaba a la rigidez de las costumbres y la moral.

Coloqué un poco de carmín en los labios y las mejillas para disimular la palidez y revisé que la daga de oro con empuñadura de mármol, única herencia que recibí de mi padre, ocupara su lugar en mi bolso, siempre la llevaba conmigo como amuleto y como recuerdo. Salí a la calle y con paso ligero recorrí andenes atestados de desconocidos, sentí mi soledad engrandecida y casi sin darme cuenta estaba frente a la oficina.

Me atendió una secretaria con cara de cera que anunció al director, de manera mecánica, mi llegada. Cuando entré en su despacho me encontré con aquella sonrisa extraña de siempre que me oprimía la sangre de rabia. Le expliqué mi situación y le solicité el empleo que tantas veces había rechazado. Minutos después, me hallaba situada en el escritorio que me asignaron. Mi labor consistía en escribir historias de terror para el consumo semanal de los incultos. Era un trabajo fácil, no era necesario tener una perfección literaria. Precisamente por eso no había aceptado el cargo tantas veces ofrecido, sólo estaba satisfecha cuando podía realizar una labor que pusiera a prueba toda mi capacidad creadora y que fuera, por supuesto, voluntaria.

* Estudiante de la Facultad de Filosofía.

Almorcé lentamente, con desgano. Durante largo tiempo logré sobrevivir al margen de los problemas cotidianos y nunca preví que la vida me diera la espalda. Ya nada era mío, todo lo había empeñado o vendido, hasta mi máquina de teclear historias. Ahora, tenía que vender también mis sueños a un miserable que amasaba su fortuna aprovechándose de la ingenuidad de hombres y mujeres que caminan desprevenidos y que solo esperan llegar a sus casas para escapar de la rutina hundiéndose en una botella de licor, perdiéndose en los pliegues de la sábana, proporcionándose un orgasmo insulso o leyendo las páginas de revistas huecas que los llevan a los límites de un terror superficial en una entrega por semana.

Cada día el oficio se hacía más insoportable. Opté por entrar a formar parte de mis propios cuentos para evitar el anulamiento completo de mis sentidos. El peor momento del día era la entrada del director, felicitándome porque gracias a mí la revista había aumentado su tiraje y recordándome que lo importante no era hacer literatura y morir de hambre, sino que resultaba más provechoso para la chequera escribir lo que al común de la gente le gustaba. Ya no lo soportaba, mi vida se convertía en un laberinto indescifrable y en todas partes creía ver sus malditos ojos persiguiéndome.

Esa tarde trabajé más que de costumbre. Me diluí por completo en los garabatos de la máquina de escribir y crucé la puerta invisible que lleva a los territorios del sueño para escapar de alguna manera a mi existencia. Fui experimentando un extraño sopor a medida que la historia fluía de mis manos como un tormentoso río. Naufragué en un mundo de terrores distantes e incomprensibles donde una pupila gigantesca desgarraba la fragilidad de un cuerpo estremecido por el miedo, que se fue convirtiendo en el símbolo de mi propio destino. Entonces, el temor se convertía en fuerza y el cuerpo, con la agilidad de un felino, hundía una daga de oro con empuñadura de mármol en el corazón del inmenso ojo asesinándole el asombro.

Me puse de pie. De nuevo me sentí libre. Paladié las sílabas de mi nombre A-R-I-E-L-A para reconocermé nueva. El aire luminoso que atravesaba las débiles fibras de la noche festejó conmigo, en una danza mágica, el gozo de haber escrito un buen relato. Ya en mi habitación, imaginé la actitud que asumiría el director de la revista al leerlo. Tal vez se sienta aludido y yo no sabría mentirle acerca del fastidio que le tengo a él y todo lo que representa. Lo supuse paseando sus ojos por las letras, como todas las mañanas, en actitud inquisidora y me reí de sus pestañas que seguramente, por el asombro, quedarán colgadas del marco de las gafas.

Desayuno con apuro. Durante la noche se apoderó de mí una vaga inquietud que me privó de la tranquilidad del sueño. Pienso que no debí dejar el cuento sobre su escritorio, pero ya no hay remedio, a estas alturas debe haberlo leído. No sé por qué, pero tengo la imprescindible necesidad de llegar a la oficina y enfrentarme a sus palabras o a su silencio.

Ahora, sentada en la jefatura de policía, no logro llegar a las entrañas del misterio, he perdido el límite entre lo real y lo soñado. Mi espíritu

